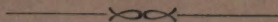


Bermudez Gil, Federico
Cervantes y España

PQ
6337
B47



Cervantes y España



CONFERENCIA

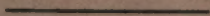
DADA EN LA

Escuela de Artes y Oficios
de Málaga

POR EL PROFESOR DE TÉRMINO

DON FEDERICO BERMUDEZ GIL

EN LA NOCHE DEL 10 DE FEBRERO DE 1913



MALAGA

ZAMBRANA HERMANOS, IMPRESORES

9011

A Luisio Fernandez M

salgo distinguido artista

y Prospero cultísimo =

Fernandez M

Cervantes y España

CONFERENCIA

DADA EN LA

Escuela de Artes y Oficios
de Málaga

POR EL PROFESOR DE TÉRMINO

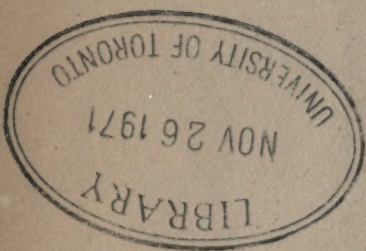
DON FEDERICO BERMUDEZ GIL

EN LA NOCHE DEL 10 DE FEBRERO DE 1913

MÁLAGA

ZAMBRANA HERMANOS, IMPRESORES

1910



PQ
6337
B47

Señores:

Nunca me hubiera permitido, espontáneamente, tomar parte en conferencias literarias, porque no me reconozco con ninguna de las múltiples aptitudes que son precisas, si dos razones, poderosísimas para mí, no me hubieran impulsado; la primera consiste en responder, solícito, a indicaciones de la Superioridad, orientadas hacia la más práctica finalidad pedagógica; y, la segunda, en considerar que la mejor manera de hacer Patria está en dársela a conocer, a fin de que la ameís con aquel ardiente y efusivo amor que es capaz de todos los sacrificios y de todos los heroísmos.

No es mi propósito haceros un juicio crítico detenido de la labor literaria del divino Cervantes, porque ni mis escasos conocimientos llegan a tanto, ni tampoco la ocasión sería la más oportuna; sólo pretendo hacer una relación, a grandes rasgos esbozada, de sus obras, y exponer, al mismo tiempo, algunos de los grandes motivos que han hecho inolvidable el nombre de España, para que, despertando vuestra admiración puedan servir de estímulo en esta vida, que para vosotros comienza, y que cuantos nos dedicamos a las nobles tareas de la enseñanza tenemos la ineludible obligación de encauzar, desde el momento en

que vuestros entendimientos se abren al soplo divino de la razón.

Todos los pueblos han tegido, más o menos diestra y gallardamente, la urdimbre de su historia; Grecia, con admirables, inspiradísimas obras de Arte y de Filosofía; Roma, con la fuerza incontrastable de su valor impetuoso, que la hizo señora y maestra de naciones y con su legislación equitativa y sábía, fuente del derecho moderno; Inglaterra, fría y calculadora, con la industria y la constancia de sus naturales, trabajadores y habilidosos; Francia, iluminando el mundo con los mágicos resplandores de la Libertad y la Igualdad que, atropellando irritantes tiranías y privilegios, juntó a los hombres, como hermanos, borrando los odios seculares de la desigualdad de castas.

Cada pueblo, pues, ha aportado al acervo común de la gran familia humana la cantidad de bien y de fortuna que logró agenciar en el continuo trasiego de su evolución y de sus destinos; pero ninguno pudo llegar, ni con mucho, donde la España de otros tiempos, gloriosa y triunfadora, puso su planta vigorosa y firme. Esta España, a la que veis actualmente empobrecida y desgraciada, fué, un día, la expresión más acabada y completa de cuanto se consigue con el valor y con el estudio; esta Patria querida, a la que espíritus enfermizos y cobardes pintan torpemente y con fines perversos de desquiciamiento y disolución, como pueblo sin vitalidad y sin conciencia, ha cumplido tan espléndida y magestuosamente la misión altísima que Dios la confiara que, en la relación de comparación a que todo está sometido, digo que, ante las demás naciones, es lo que el oro puro, ductil y bello, a cualquiera otro de los metales, que por muy útiles que sean ni produ-

cen admiración ni despiertan ambiciones.

La lucha de ocho siglos, durante los cuales defendimos a Europa, como inexpugnable baluarte, de la invasión y predominio mahometanos, cosa que no pudieron ni supieron hacer los bizantinos, eslavos ni helenos, como alcanzareis a juzgar ante el espectáculo que ofrece en la actualidad la guerra turco-balcánica; la reconstitución y unificación interior de España, obra suprema de habilidad diplomática que cerró como broche riquísimo el colosal período de la Reconquista; el descubrimiento y civilización de América y de las Indias, que dieron lugar a que existan veinte naciones, poderosas y ricas, levantadas al impulso español y engendradas de entre el polvo de razas inferiores que se divinizaron al fundirse con la sangre hispana, son, juntamente con nuestra literatura lírica y dramática, con nuestros místicos y con nuestros artistas, caudal bastante para adquirir la inmortalidad, haciendo perdurar el nombre de español, durante los siglos, como la más alta significación del poder y el saber humanos.

La misma tenaz y enérgica oposición a la Reforma, que España hizo con tan sin igual constancia, quizás fuera antipolítica, seguramente fué la causa inicial de nuestra decadencia; pero, en cambio, la obligó a cumplir la providencial misión de contener y encauzar el empuje avasallador del Renacimiento que se entregaba, demasiado imprudente, en brazos del paganismo, con lo que se hubiera anulado aquella espiritualidad que en la Edad Media salvó a la sociedad de los fieros rigores feudales, preparando con su clemencia y su templanza las costumbres del moderno vivir.

Conviene saber que, al tratar de este emocionante

período, ciertos historiadores, arrastrados por sus partidos políticos, o por sus escuelas filosóficas, que suelen imponerse a los más rectos espíritus, han emitido los más duros conceptos contra España, pero, afortunadamente, no han faltado otros, más dueños de sí mismos, que se han quejado de la pobreza de su lenguaje porque no han encontrado adjetivos bastantes para enaltecerla, en la medida de sus merecimientos.

Esta disparidad de criterio, fatal y lógica consecuencia del choque de pasiones y creencias encontradas, no ha podido apagar el brillo de la Verdad, que ha seguido proyectándose, con claridad meridiana, dejando ver cuanto hubo de hermoso y grande en aquella altísima y caballerisca empresa; porque, ante todo, fué arranque de andante y valeroso caballero el que armó el brazo de España para defender una doctrina que se predicó, preferentemente, para favorecer y redimir a los humildes y a los desamparados...: por eso el bravo y honrado don Quijote simboliza tan soberanamente el carácter español.

Pues bien, de entre todas estas magnificencias y gallardías, se destaca la augusta personalidad de Cervantes con la energía consiguiente a quien condensa en sí, lo que puede y lo que vale una raza.

*
* *

Don Miguel de Cervantes Saavedra, nació en Alcalá de Henares en 1547 y murió en Madrid en 1616; varias poblaciones se han disputado la honra de haberle servido de cuna: entre ellas Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan; pero documentos irrecusables, al parecer, señalan a Alcalá de Henares, que,

como es natural, se ufana con maternidad tan gloriosa.

Era hijo de preclara y noble familia, pero que estaba en situación decadentísima cuando él nació.

Desde muy niño manifestó tan grande afición a los estudios que, como él mismo confiesa, recogía para leerlos, cuantos papeles hallaba por las calles, y tenía una memoria tan feliz, que habiendo visto representar, en sus más tiernos años, al famoso comediante Lope de Rueda, recordaba, logrando recitarlos, los versos que le oyó.

Fué su vida muy aventurera y desgraciada y sobre este yunque forjó el destino al acero de aquel templado y fortísimo espíritu.

En Febrero de 1569 salió Cervantes para Roma, acompañando al cardenal Julio Aquaviva, legado del Papa, a quien sirvió en el modestísimo empleo de camarero. Después se alistó como soldado a las órdenes de don Miguel de Moncada, y el día 7 de Octubre de 1571, en el que se dió la memorable batalla de Lepanto, aunque estaba enfermo e inutilizado para el combate, al llegar el duro instante de pelear, solicitó el puesto de mayor peligro; y cuando se batía más denodadamente, recibió dos heridas de arcabuz en el pecho y otra que le destrozó la mano izquierda; pero nada amilanó a aquel esforzado corazón; resistiéndose a ser socorrido hasta que la victoria coronó a sus compatriotas.

Siempre que pudo, manifestó su orgullo por haber asistido a esta batalla, a la que llamó “la más alta ocasión que vieron los siglos”.

A fines de 1572, restablecido de sus heridas, pero manco para siempre, se incorporó al tercio de don Lope de Figueroa; y tres años después, en 1575, navegando con

rumbo a España fué apresado por los corsarios berberiscos que asolaban las costas de levante y conducido a Argel, donde estuvo cautivo cinco años, hasta que fué rescatado, después de interesantes y novelescos sucesos, en quinientos escudos de oro, por los padres trinitarios.

Los franceses, rindiendo tributo de admiración a este peregrino ingenio, guardan, como una reliquia, la cueva donde estuvo prisionero.

Luego siguió al ejército de Felipe II, que proyectaba la conquista de Portugal, y, sin curarse de las duras fatigas de la guerra, escribió su famosa *Galatea*.

Al año siguiente se representaron en Madrid, sus producciones dramáticas *Numancia*; *Tratos de Argel*; la *Jerusalem*; la *Amaranta o la del Mayo*; la *Unica y bizarra Arsinda*; la *Toledana*; *Maria la de Esquivias*, etc. Estas obras, aunque no están a la prodigiosa altura de sus novelas ejemplares, ni mucho menos a la de su Ingenioso Hidalgo, acusan un talento superior y una inspiración grandísima.

En 1588 fué comisario del proveedor general de las aduanas y flotas de Indias y tuvo otros destinos de este jaez; y, por equivocados juicios respecto á su intachable intervención en tales menesteres, de índole tan contraria a su exquisito temperamento, estuvo preso en Argamasilla de Alba, que guarda la tradición de que allí comenzó su estupenda y sublime obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, impresa, después, en Madrid bajo los auspicios del duque de Bejar.

En 1612 publicó sus interesantes novelas *El Curioso impertinente* y *El Capitán Cautivo*, que intercaló en *El Quijote*; y notando que este género, que tan magis-

tralmente manejaba, agradaba al público, escribió *enseguida, Rinconete y Cortadillo, El celoso extremeño, La Tia Fingida, El Coloquio de los perros, Cipión y Berganza, El Licenciado Vidriera. La fuerza de la Sangre, La Jitanilla y La Española Inglesa.*

La segunda parte del Quijote se debió a la publicación que, con igual título, hizo Avellaneda, pseudónimo con que se cubrió un ingenio que aún no se conoce acertadamente, y que Cervantes declaró su enemigo personal; éste pretendió emular su gloria, continuando la relación de las desventuradas aventuras de su héroe; pero como semejante atrevimiento, que tocaba en las honduras del sacrilegio, no podía permitirse, le determinó a seguir la vida y milagros del honrado don Alonso de Quijano el Bueno, y de su saladísimo escudero, hasta dejarlos en condiciones de que nadie se atreviera a repetir la vergonzosa hazaña del atrevido Avellaneda.

Persiles y Segismunda fué su última producción; y en su prólogo nos cuenta, el diagnóstico que de su enfermedad le hizo un estudiante andariego a quien describe con el limpio y fluido estilo y con la inimitable gracia con que esmaltaba su abundante y magnífica prosa.

A pesar de la constante desdicha que siempre oprimió a este hombre insigne, no murió sin gustar la satisfacción de sentirse admirado, porque llegó a ver traducido su inmortal *Quijote* a casi todos los idiomas de Europa.

Ningún libro más ingenioso, ni en el que la naturaleza, el buen gusto y el donaire lleguen al alma tan directamente; libro tan portentoso, tan deleitable, no es sólo gloria del hombre que lo imaginara, ni de la patria de este hombre, sino orgullo y gala de la humanidad entera;

el género humano se limpia y se redime de concupiscencias y errores, porque cuenta con ejemplares como Cervantes.

No es posible dudar de la existencia de un alma inmortal que anima y vivifica esta carne que la sujeta, cuando nos sentimos extasiados por creaciones tan vigorosas y geniales; porque, en la elaboración de tales maravillas, no se comprende la intervención de la materia. Es el alma la sólo capaz de parecerse y acercarse a Dios cuando, emulando su grandeza, consigue crear seres imaginarios, pero de tan recia complexión y variada originalidad, como los que viven y se agitan en el mundo.

La influencia de Cervantes fué inmensa y desde luego superior a la de todos los escritores conocidos.

En Francia, literatos tan importantes como Moliere, Boileau, Beaumarchais y Victor Hugo se inspiraron, en más de una ocasión, en las divinas obras del gloriosísimo manco; y el respetable crítico Charles dijo, que el genio precursor de Cervantes inauguró la literatura moderna.

Los demás críticos, de todos los países, agotan sus más hiperbólicos elogios cuando se ocupan de tan sublime escritor.

En el claro y sereno cielo de nuestro espléndido siglo de oro, donde brillaron aquellos ingenios con luz sobrada para prestarla a tanta extraña gente, aparece en su zenit, radiante como un sol, la figura de Cervantes, para alumbrar el camino de la redención y generación española.

La Biblia, la Iliada y el Quijote se consideran, por mantenedores y partidarios de todas las escuelas y tendencias literarias, como los tres libros mejor escritos, más

sábiamente contruídos y más bellamente compuestos de cuantos se han hecho en el mundo; clásicos y románticos, coloristas y naturalistas, idealistas y modernistas, todos se extasian, sugestionados por sus insuperables armonías; y considerándolos fuentes inagotables de gallardas y supremas inspiraciones, los consultan y los releen, para ver de trasladar a sus espíritus algo de aquella frescura y espontaneidad que los hace tan deseables y entretenidos. Tamaña unanimidad crítica entre tan antagónicos y dispuestos sentires literarios, declara categóricamente la insuperable valía de tan arrogantes y hermosísimas producciones.

A este respecto digo que la Biblia, arca santa de las religiones judía y cristiana, fué escrita en un lapso de tiempo de más de mil quinientos años; de suerte que los hombres más insignes de quince siglos contribuyeron, con su arte, con su ciencia y con su fe, a su composición.

La Iliada, tesoro de tradiciones mitológicas e históricas de la Grecia, parece a ciertos y reputadísimos críticos que no fué hecha por un solo hombre; Homero, para éstos, no es más que un símbolo representativo de los *homéridas*, que eran unos poetas pertenecientes a una escuela de rapsodistas que recopilaban en elocuentes y maravillosas estrofas las luchas y las pasiones de los dioses y de los hombres; es decir, y es lo que importa a mi propósito, que estos dos inmortales libros, únicos comparables con el de nuestro compatriota, fueron consecuencia del saber y de la fantasía de varias generaciones; y por ello pretendo deducir, sin apartarme una tilde de la lógica, que en Cervantes tiene España el talento más grande de todos los tiempos y de todas las estirpes.

Cuantos personajes pueblan la gentilísima novela, viven con vida esplendorosa y perdurable, como si fueran de carne y hueso y por sus venas corriera la generosa sangre; y el cura y el barbero, el bachiller y el ama, los duques y el doctor, maritornes y el ventero y todos los que brujulean y charlan, con celestial lenguaje, por entre aquellas páginas de oro, los tenemos y los amamos como si fueran nuestros amigos del alma; pero, de entre esta pléyade de seres palpitantes y reales, se destacan briosamente el caballeroso y valiente don Quijote y el discreto y graciosísimo Sancho.

Es el *Quijote* el máspreciado y sólido eslabón de la áurea cadena del idioma que unirá, eternamente, a España con aquellas luminosas y progresivas tierras latino-americanas, que, en día no lejano, están llamadas a ejercer la hegemonía del mundo.

No ha habido ingenio tan brillante, no ha existido imaginación tan fecunda y rica, no se conoce facultad creadora tan vigorosa y espontánea como la de Cervantes; ¡es fuerza creer que Dios mismo, queriendo endulzar un tanto las amarguras de esta vida, tan llena de concupiscencias y falsedades, le dictó el libro para regocijo y encanto de los que habían de leerlo!

Yo, eficazmente os lo recomiendo: leedlo, y, después, guardadlo como un tesoro, porque es obligación ineludible el poseerlo.

En todo hogar español, es algo así como ejecutoria de nobleza; en él están, sin olvidar ninguno, todos los impulsos de nuestro temperamento y todas las modalidades de nuestra alma; es nuestro árbol genealógico; en él no falta nada ni se olvida a nadie; y como nos retrata tan a

lo vivo; conviene conservarlo, porque, en algunas ocasiones, consultándolo muy discretamente, puede profetizarnos, no sólo lo que pudiéramos decir, sino hasta lo que pretendiéramos hacer...: por eso os decía que Cervantes se destacaba de entre tan espléndido tesoro de glorias y grandezas nacionales, y era porque compendia en su excelsa personalidad e interpretaba soberanamente en sus olímpicos escritos, el complejo y exaltado espíritu español.

Abundan, como veis, los argumentos con los que anonadar a esos falaces charlatanes y escritorzueros que propalan la odiosa calumnia de la ineptitud española, con el menguado fin de que os sintáis humillados por haber nacido en este hermoso y heroico país; pero no advierten que su traidora, aunque bien retribuida labor, será infructuosa; porque, si nada más ductil que el alma de un niño, como los del opuesto bando no nos distraemos podemos contrarrestarlos con diligencia y lo hacemos confiados en que, si es verdad que los odios pueden sembrarse, como al mismo tiempo arrojamos en los surcos, cautelosamente abiertos por ellos, amor, lealtad y entusiasmos, se pudrirán sus semillas cuando las nuestras germinen lozanas, en el terreno glorioso y fecundo que cada individuo acote en su pecho.

La frase *«Cerrar con doble llave el sepulcro del Cid»*, desatendida; porque habiendo sido pronunciada, oportunamente, por otras causas, se ha repetido, con el malvado propósito de desviar nuestra natural adhesión a España; abrid, abrid los sepulcros de nuestros santos, de nuestros sábios, de nuestros héroes y recoged de entre ellos mismos el tesoro de su ciencia y de sus grandezas; y

de esa suerte el ejemplo de sus perfecciones os impulsará hasta el bien.

Rechazad cuanto suponga depresión de aquel espíritu caballeresco y atrevido que forma la esencia de nuestra impresionable naturaleza meridional, que ha llenado el mundo con auras de idealidades, y procurad aumentar vuestro respeto y vuestros entusiasmos por las glorias patrias.

No os importe que el sol llegara a ponerse en aquellos inmensos dominios españoles que se extendían por toda la anchura de la tierra; no os importe que dejaran de ser rayados todos los mares por nuestros bajeles y galeones que atracaban a estas costas orlados de laureles y abarrotados de riquezas; no os importe que una traición, cobarde y rastrera, en Gibraltar nos arrancara un giron de nuestro mismo solar; no os importe el trágico retorno de España de aquel continente a quien dió lo mejor de su carne y de su espíritu; no os importen estas apocalípticas desventuras, si han de acompañar su duelo con poquedades y amilanamientos; pensad que en la desgracia se forjan los hombres, y no olvideis que con voluntad y constancia, juntamente con valor y fe, llegaron nuestros antepasados desde las quiebras y ásperos riscos de Covadonga, donde fueron arrojados, hasta ensanchar el Planeta con la conquista de América, porque les pareció pequeño para contener su gloria y su pujanza.

Desechad vacilaciones incomprensibles y enervantes dudas y despertad en vosotros aquel ardoroso entusiasmo, aquella decisión, aquel propósito dominador que fueron precisos para realizar el conjunto de fantásticas maravillas, que constituyen la Historia de España.

En mi afán de que llegue tan hermoso día y en mis fervientes deseos por acercarlo, hago estas salidas, nuevo don Quijote, sin más armas que mi acendrado y fervoroso españolismo.

Termino diciendo:

¡Dichosa edad y siglo dichoso este siglo en que vivimos porque, en los venideros tiempos, queda señalado como el de la feliz resurrección de aquel caluroso sentimiento patriótico que, quizás, sería la mayor virtud de nuestros valerosos progenitores!

Yo deseo que nuestra juventud, agrupada, sin distinción de matices políticos, ni de tendencias sociales, alrededor de la bandera española, no sienta mejor aspiración que la de hacerla ondear, gallarda, en aquel preeminente lugar donde estuvo y del que nunca pueda ser arriada.

Confiado en ello firmemente, aguardo el resurgimiento de España al noble impulso de vuestra voluntad, de vuestra aplicación y de vuestro patriotismo.

He dicho.



Mr. Dr. ...
795. ...
Petry ...
Van Hays, 15, ...

Hotel de la ...
...
... 1156 ...

3-72

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6337
B47

Bermudez Gil, Federico
Cervantes y España

